

**La Ilustración Católica**

SUMARIO.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

Madrid y provincias.  
Tres meses. . . . . 46 rs.  
Un año. . . . . 60 »

Cuba y Puerto-Rico.  
Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.  
Un año. . . . . 4 »

TEXTO. — *Advertencias.*—Revista, por P. V. Nulema.—*Dos traducciones inéditas de un soneto de Boileau*, por D. José Fernandez-Guerra y D. José Antonio Calcaño.—*César Cantú*, por D. Leon Medina.—*Introducción de Amaya*, por D. Francisco Navarro Villoslada.—*Del empleo del tiempo*, por L. E.—*Los Grabados*, por X.—*Cristina*, por D. Ramon Segade.—*Jeroglífico.*

GRABADOS.—*César Cantú.*—*Portada de la iglesia del derruido Monasterio de Dominicos de Toro, trasladada recientemente a la fachada de la parroquia de S. Julian.*—*Los cocineros del rey de los zulús.*

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

Extranjero.  
Seis meses. . . . . 44 fr.  
Un año. . . . . 21 »

Filipinas y Méjico.  
Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.  
Un año. . . . . 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL. Madrid 7 de Julio de 1879. ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III. **HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID** NÚMERO 1.º Numero suelto, real y medio.

## ADVERTENCIAS.

*Terminado el tomo II de nuestra Revista, pronto repartiremos á nuestros lectores el índice general para que puedan encuadernarlo.*

*Siendo muchos los suscritores de provincias que nos favorecen con noticias relativas á sucesos de sus respectivas localidades, hemos pensado en publicar dos veces al mes una Revista especial, en la cual les daremos cabida. Creemos inútil advertir, que los hechos de que nos haremos cargo, serán solamente los que correspondan á la índole de nuestra publicación.*

*Agradeceremos mucho á nuestros amigos que nos informen especialmente de cuanto tenga relacion con el movimiento religioso, científico y artístico de sus provincias, para que de este modo LA ILUSTRACION CATÓLICA pueda ser digna de su nombre.*

*Rogamos á nuestros suscritores que nos comuniquen las faltas que observen en recibir la Revista, tanto para enviarles los números que se extravíen en el correo, como para dirigir nosotros á la Direccion de Comunicaciones las reclamaciones correspondientes.*

## REVISTA.

El mes de Julio ha recibido en herencia de su antecesor una temperatura de 38 grados.

Estamos, por consiguiente, en camino de las penas del purgatorio, dispuesto á achicharrarnos en esta atmósfera de fuego, sin que basten á redimirnos los asperjes del Lozoya, prodigados más de lo que fuera menester.

Aparte de la molestia que causa á los transeúntes, sobre todo en las calles estrechas, el continuo regar, parece evidente que no es nada sano el aire

que produce la evaporacion de las aguas, mezcladas, como es natural, con la suciedad de las calles.

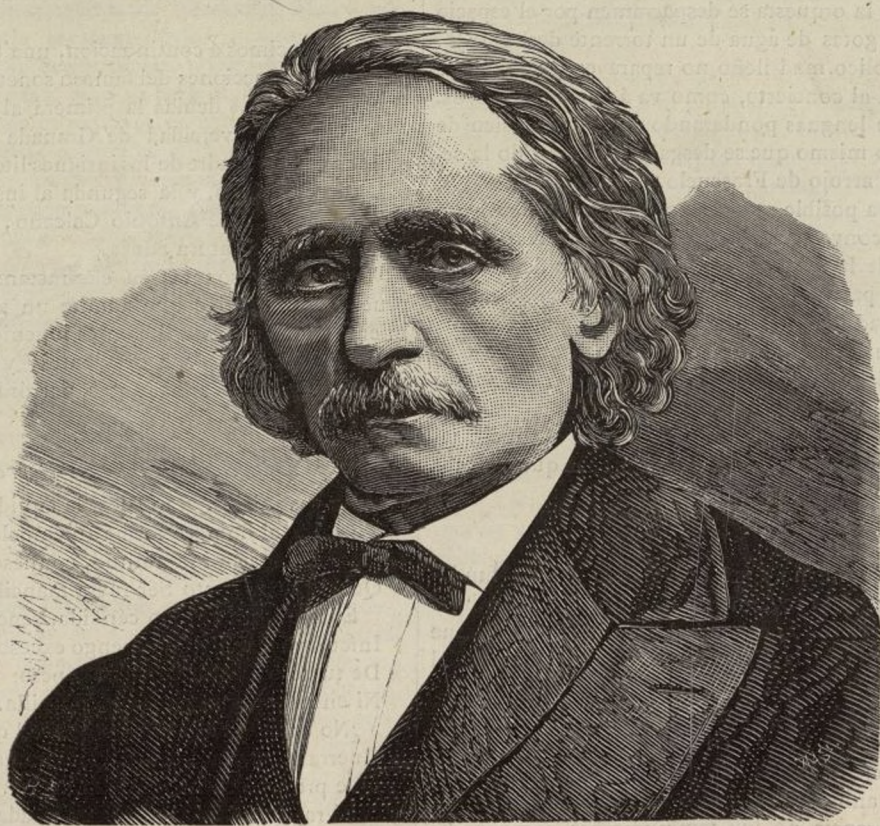
Sea como quiera, el hecho es que las mangas de riego no se hartan de vomitar agua por calles, plazas y paseos, y, sin embargo, la temperatura de Madrid en verano, lejos de mejorar, es de año en año más insoportable.

Por las muestras, la del que tenemos ya encima, promete ser de las buenas: el calor se ha desarrollado de pronto, y como no cabe suponer que sea justicia de Enero, hay que irse acostumbrando á sudar como una caldera de vapor.

Lo peor es que ésta invasion repentina del calor ha sido perjudicial para los campos, acelerando la grana de los trigos ántes de su completo desarrollo.

El clima de este año no ha tenido medias tintas: hemos pasado de las copiosas lluvias á las completas sequías, de los frios de Enero á los calores de Agosto. Estos cambios bruscos han malogrado las cosechas, que se presentan mal en varias provincias segun los anuncios.

Por funestos que sean para nosotros los calores del verano, deben parecernos brisas primaverales



CÉSAR CANTÚ.



comparados con otros mayores que se están dejando sentir en el Norte de Europa.

Telegramas de Rusia nos comunican diariamente noticias aterradoras sobre los incendios que allí causa la tea revolucionaria. El partido *nihilista* no conoce otras armas de propaganda que el revolver y la tea, y mientras se restañan las heridas de las balas ó se entierran las víctimas, el fuego asolador siembra la consternación y la ruina en aldeas y ciudades.

Rusia ha pecado mucho contra Dios y su Iglesia, ha desgarrado con saña cruel las entrañas de Polonia, y parece entrar ahora en el camino de las expiaciones.

Sirva el castigo ageno de enseñanza y ejemplo propios.

Para endulzar la amargura de los primeros párrafos, trasladémonos de un brinco desde las hogueras de Rusia á las alamedas del Buen Retiro.

Con motivo de los calores las noches se han puesto á la orden del día. Las gentes se echan á la calle á los primeros rayos del gas, y el Prado y la Castellana se pueblan de paseantes que esperan la hora de hacer su entrada triunfal en los jardines de las fiestas nocturnas.

Los martes y viernes se celebran grandes conciertos, y las demás noches hay zarzuelas y juegos de manos. El público que paga se dá por contento, y la empresa está en su derecho no malgastando el dinero en buscar novedades.

Un artista de talento que á fuerza de constancia y solicitud ha sabido educar una falange numerosa de músicos con los que dá magníficos conciertos, es el encargado de los que se celebran este año en los jardines del Retiro. No se crea por esto que la multitud que acude los martes y viernes á este sitio, va á oír la excelente orquesta, y por añadidura á gozarse en los triunfos del Sr. Breton, digno de toda alabanza: nada de eso. Los conciertos al aire libre celebrados en el Retiro, son nada más que un pretexto para reunirse en un lugar dado toda esa población flotante que constituye la *buena sociedad* madrileña, y para lucir al resplandor de mil lámparas todos los atavíos de la coquetería y de la moda.

Por tranquila que esté la noche, aun suponiendo que el público no meta ningún ruido, es imposible percibir clara y distintamente los delicados matices de la orquesta en un campo abierto, poblado de árboles, y nunca exento de murciélagos y mariposas. Lo regular es que la brisa de la noche balancee las hojas de los árboles, que el murmullo de mil y mil conversaciones empañe, por decirlo así, la fluidez de la atmósfera; que el ruido lejano de la población vaya á apagar allí sus últimos ecos, y que las notas sueltas de la orquesta se desparramen por el espacio como las gotas de agua de un torrente desbordado.

El público madrileño no repara en esto; acude entusiasta al concierto, como va á la plaza de toros, y se hace lenguas ponderando el génio músico de Breton, lo mismo que se desgañita celebrando la serenidad y arrojo de Frasuelo.

Si fuera posible recoger por medio del fonógrafo todas las conversaciones que se mezclan con las armonías de la orquesta en un concierto del Retiro, resultaría patente la cultura artística de la *buena sociedad* madrileña. Transmitida tan singular sinfonía al oído de los grandes maestros, seguramente que no hallarian motivo para envanecerse con los aplausos del público.

Como recoger algunos diálogos no es difícil, tal vez hagamos la prueba la primer noche que estemos de buen humor.

Para conmemorar el aniversario de su fundación, que según reglamento debió hacerse el primer domingo de Abril, celebró el día 29 sesión solemne la Academia de la Historia, bajo la presidencia del jefe del Estado, que ha querido honrar con su presencia todas las Academias de Madrid.

Fuese por la hora, en que el calor era muy molesto, ó por lo inesperado de la sesión, pues estaban las cosas anunciadas de otro modo, el hecho es que la concurrencia no fué tan numerosa como podía creerse, ni en público ni en académicos.

Después de la lectura de la Memoria, el Sr. Rada y Delgado leyó un discurso en elogio de D. José Amador de los Rios, lleno de buena intención, por-

que el Sr. Rada la tiene; pero escrito de prisa y con excesivo amor á la memoria del finado.

Acto seguido se levantó el Sr. Fernandez-Guerra, presidente accidental de la Academia, y con vigoroso acento y clásica elocuencia, dirigió á D. Alfonso un precioso discurso encareciendo los servicios que han prestado á las letras patrias los católicos reyes de España. Agradecido el presidente honorario á tal obsequio, contestó con otro discurso, en el cual ofreció un premio de 20,000 reales al autor de la mejor obra sobre un punto que designe la Academia.

La cual ha vuelto á reunirse en sesión pública ayer domingo, para dar posesión de su plaza de número al sábio jesuita D. Fidel Fita, de cuyo discurso de entrada, relativo á las antiguas lenguas de España, hablaremos otro día, porque hoy nos falta tiempo y espacio.

En toda la última quincena de Junio hemos recibido varias invitaciones para asistir á exámenes, concursos y distribuciones de premios en diferentes colegios y establecimientos de enseñanza y de beneficencia, que celebran por ahora la liquidación, digámoslo así, de sus cuentas con las ciencias y con las artes.

Aunque nos ha sido imposible asistir á todos, por lo que hemos visto podemos asegurar que en Madrid se trabaja mucho en los colegios particulares y establecimientos de caridad en favor de la enseñanza. Pero ¿de qué valen estos trabajos de profesores celosísimos, si la constitución de la sociedad moderna malogra en flor tan hermosas plantas, secando su jugo al calor de las ambiciones que nos devoran y estragan? ¿De qué sirve que un pobre maestro emplee horas y horas, haciendo prodigios de paciencia en educar é instruir á los niños, si comienza por ofrecerles en los desperfectos de su traje y en la palidez de su rostro, un ejemplo vivo de la recompensa que alcanza el saber en los tiempos modernos?

El niño se hace hombre; la ambición le toma de la mano, y adios educación del maestro; todo se pierde ante la seducción de la serpiente infernal.

El trabajo aislado, individual, de los maestros particulares, es semilla arrojada en el cilanco de estéril roca. La sociedad moderna, como dijo en ocasión solemne uno de sus grandes apóstoles, no necesita sábios. La aulacia insolente y la ignorancia presuntuosa, se han hecho dueñas del mundo, desde que la sociedad se echó fuera de las vías católicas.

V. P. NULEMA.

## DOS TRADUCCIONES INEDITAS DE UN SONETO DE BOILEAU.

Reproducimos á continuación, una tras otra, dos preciosas traducciones del famoso soneto de Boileau «La Redención», debida la primera al ilustre catedrático de la Universidad de Granada D. José Fernandez-Guerra, padre de los insignes literatos D. Aureliano y D. Luis, y la segunda al inspirado poeta venezolano D. José Antonio Calcaño, notable cultivador de la literatura patria.

Escritos los sonetos en circunstancias distintas, prueban la variedad que admite un mismo pensamiento manejado por diferentes ingenios.

Ambos sonetos son excelentes, y por eso nos gozamos en publicarlos juntos, por orden de fechas.

### SONETO.

(Traducción de Boileau Depreaux.)

En tus juicios, gran Dios, la equidad brilla:  
Tu amor al hombre forma tu embeleso;  
Mas perdonar mi ingratitud, confieso  
Que de tu augusto Sér fuera mancilla.

El alma, un tiempo cándida, sencilla,  
Inícuo ya y dolosa en luengo exceso,  
De tu cólera aguarda el justo peso;  
Ni en tu poder cupiera el reprimilla.

¿No es tuyo el rayo? ¿Tu bondad qué espera?  
Guerra por guerra á la impotente nada  
Que provocó tu indignación severa.

El rayo estalle de tu diestra airada...  
Mas ¿en qué parte descargar pudiera,  
Que no esté en sangre de Jesús bañada?

JOSÉ FERNANDEZ-GUERRA.

Granada, 1838.

### REDENCION.

(Del francés.)

Muéveme tu bondad, que me acaricia,  
A esperar el perdón; pero no cabe  
Que remitas en mí culpa tan grave,  
Sin hacer menoscabo á tu justicia.

Es tal la magnitud de mi malicia,  
Que tu misma clemencia hallar no sabe  
Medio ni pena que mi crimen lave;  
Y aun dictando mi muerte, me es propicia.

Haz, pues, lo que á tu gloria corresponde;  
Vuelve la faz del llanto de mis ojos,  
Y sólo ve cómo ofenderte pude.

¡Descarga! ¡Es santo tu rigor! ¡Mas dónde  
El rayo me herirá de tus enojos,  
Que la sangre del Cristo no me escude?

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Aintree (Liverpool), 1878.

## CESAR CANTU.

Entre los escritores italianos que aun viven, ninguno es tan conocido ni tan universalmente apreciado como el ilustre autor de la *Historia Universal*. Pocos han tenido como él la desgracia de ver en vida tergiversados sus pensamientos, cambiados sus juicios y traducidas sus obras á otras ideas. De su *Historia Universal* corren ediciones católicas, únicas reconocidas por el autor; protestantes y revolucionarias, que rechaza y desconoce por medio de declaraciones solemnes, puesto que no puede perseguirlas como falsas ante los tribunales, gracias al desamparo en que se encuentra aún la propiedad literaria. No há mucho publicamos la protesta con que desde Milan descubria las intenciones de unos traductores portugueses, dispuestos á continuar y reformar, sin más autoridad que su audacia, la obra monumental de Cantú.

Desde que empezó nuestro autor su brillantísima carrera literaria, su nombre está siempre en boca de sábios é ignorantes; porque cuando todavía celebran las excelencias de su última producción, anuncian ya periódicos y revistas algún nuevo trabajo digno de su pluma.

Aún se vendía como obra nueva *Il Conciliatore e I Carbonari*, y ya es preciso llamar última producción de Cantú á la que lleve el título de *Monti e l'età che fu sua*, donde historia el estado de Italia á principios de este siglo con brillante colorido y erudición pasmosa, si no mienten juicios de escritores italianos adversarios del ilustre historiador. Como se ve, su ingenio es no solamente elevado y superior, sino también fertilísimo. Desde que fué nombrado profesor del colegio de Biivio en Lombardía, donde nació el 5 de Setiembre de 1805, hasta el presente, se han sucedido sin interrupción novelas, poemas y obras históricas que no morirán, porque en todas ellas alienta la poderosa llama del génio.

*Margherita Pusterla*, que mereció ser comparada á los *Novios* de Manzoni, sorprende por la facilidad del estilo, y se recomienda por el interés y la moralidad del asunto. En los *Imni sacri* y en el poema titulado *Algiso ó la liga lombarda*, se ve al poeta católico y entusiasta patriota. En la *Lombardia nel secolo XVII*, contó históricamente los sucesos que sirvieron á Manzoni para escribir su famosa novela, de la cual viene á ser esta obra comentario excelente. Acerca de la historia de Lombardía en el siglo XVIII, dió abundantes y curiosas noticias en el *Abate Parini e il suo secolo*. Son además muy conocidas, *La Madonna de Imbevera*, novela histórica; la *Historia de los Cien Años*, y la de los *Italianos*.

Son las obras de Cantú apreciadas, tanto de los doctos como de los indoctos. Admiran los primeros su erudición prodigiosa y su sano y elevado juicio, pues todos sus trabajos históricos merecen considerarse como verdaderos tratados de filosofía de la historia, fundados en el principio de la intervención de la Providencia en los sucesos humanos. Nada tiene que ver su filosofía de la historia con esa que preconizó Thiers, fundada en el éxito, ni con aquella otra menos inteligible de los escritores alemanes, desde Kant y Hegel á nuestros días.

El vulgo indocto busca sus obras y las lee, porque se recrea con el claro y pintoresco estilo que resplandece en sus admirables descripciones de lu-



gares, fiestas y batallas hechas de mano maestra, que transportan al lector á la época en que se ocupa; tanta es la verdad y colorido con que escribe nuestro autor.

En su *Historia Universal* y en sus diez y seis discursos acerca de la *Reforma en Italia y sus precursores*, Cantú ha expuesto sus doctrinas religiosas y políticas. Fervoroso católico y patriota ardiente, ha defendido siempre la conveniencia de una Confederación de Italia libre bajo la dirección suprema del Papa.

Más de tres mil personas oyeron de su boca en la sala del Gran Consejo en Venecia, un año después de la elección de Pío IX, la defensa de estas teorías y el elogio del Gran Pontífice en un discurso elocuentísimo que acreditó al célebre historiador de orador no ménos notable. Elegido diputado en 1865, sostuvo en el Parlamento italiano los principios católicos con valor y energía; atacó los proyectos de ley que tendían á la separación de la Iglesia y el Estado, y con Oudes Reggio fueron los únicos que votaron en Enero de 1865 contra la ley del matrimonio civil, que rige todavía en Italia.

Es Cantú de baja estatura, pero proporcionada; viste sencillamente y en general de negro; en su conversacion pocas palabras son inútiles, y cuando es animada expresa elocuentemente sus pensamientos; con sus digresiones históricas podrían formarse para gloria suya volúmenes enteros.

Cerramos esta noticia con una que de seguro agradecerán nuestros lectores: Cantú está preparando la continuación de su *Historia Universal* desde 1848 en que la dejó, hasta el año que corre de 1879.

LEON MEDINA.

## INTRODUCCION DE AMAYA. (1)

Los aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor á la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenían en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los extraños, procuraban vivir en paz con los vecinos, y unirse á ellos, más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad.

Si quebrantaron esta regla, fué dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los extranjeros. Quince siglos ántes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro, principiaron por albergar á los celtas en su feracísimo territorio, y concluyeron por confundirse con ellos; formando la gran familia celtibérica, que tuvo solar en lo mediterráneo de la Península, y capital en Numancia. Los mismos pirenaicos que se mantuvieron á la orilla izquierda del río, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron á los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Alava, hasta la boca de la Burunda, y más tarde se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, le abrieron paso y le acompañaron á la vanguardia de la maravillosa expedición de Italia, según lo recuerdan todavía en una de sus más hermosas canciones.

Años después sostienen guerra contra César Augusto, para terminar la cual conviértense en aliados suyos, y con tal lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y á la caída del imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace más romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, los fáciles amigos de celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen á pesar de la diferencia de casta, lengua y religion; nunca aceptaban alianza, ni trato, paz, ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y á borbotones se derramaron por España en el siglo v.

Provincias imperiales, naciones cultas, todos los pueblos conocidos se concurvaron y tendieron destallada cerviz al látigo, más bien que al yugo del vencedor: los vascos sólo permanecieron en pie y se atrevieron á mirarle frente á frente, y le arrojaron el guante á la cara, enarbolando estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil é inexplicable que resulte el hecho, la historia misma, escrita por visigodos,—no tenemos otra,—se encarga de justificarlo.

En efecto, si con debida imparcialidad examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atención, que sus autores apenas mencionen el advenimiento de monarcas visigodos, como no sea para advertirnos que su primer hazaña, al ocupar el trono de Sevilla ó Toledo, fué *domar á los vascos*, nombre antiguo de los navarros, que desde las montañas de Jaca, poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasajes, de allí frente á Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la nobilísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, *sujetaron á los vascos*, frase que constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene á significar precisamente lo contrario de lo que suena. «Sisebuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepción en la materia (1), pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, ni intentarlo siquiera, en el interior de las montañas vascongadas.»

Y consta, por historiadores árabes, que la noticia de la más lastimosa y célebre invasión sarracénica en Andalucía, *sujetando á los vascos*, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Tan larga serie de conquistas definitivas, que sólo termina con el súbito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente á favor de la independencia de un pueblo, que no tiene historia propia que oponer á la de los extraños, ni más diplomas que sus canteras, ni más archivos que tradiciones y leyendas.

Y si á estas y otras pruebas, que por antor á la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linaje, purísimo resto arqueológico, animado hasta hoy como por arte de encantamiento; no puede ménos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo serio la frase de *domuit vascos*, que los godos tenían como en estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasión de los septentrionales y concluye por su desaparición, no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto á los vascos de la ribera, nada esquivos ni zahareños, amalgamarse con celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con astutos cartagineses meridionales: no se nutre en antipatías religiosas; porque al principiarse la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni á la conclusión de ella dejó de haber ningún visigodo que no fuese católico: tampoco se explica por la aspereza del territorio pirenaico; porque Pirineos más salvajes aún que el Occidental, son los del Centro y Levante, que los godos cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose por ellos con la Galia Narbonense, parte á la sazón del reino hispano.

¿A qué causa, á qué razón obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distinción entre vascos y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen á los primeros indómitos, feroces, intratables, salteadores de llanos y campiñas ocupados por los enemigos; y á los otros, tan blandos y bonachones, que no sólo no guerrearon con romanos ni visigodos, «sino que tampoco tomaron tan á pechos... cuanto los moradores de otras regiones más pobladas y ricas, y más cultas sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas.»—«Mientras aquellas pacíficas tribus ibéricas, prosiguen, vivían así apartadas de todo externo influjo, y sin entender

por lo común á los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pie de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimos de tal gente y de la tierra inhospitalaria á la sazón, que la habitara.»

No está la historia conforme con semejante explicación. De cuatro grandes ciudades construidas en el largo trascurso de tres siglos por aquellos bárbaros que empuñaban el azote de Dios, enviados á destruir más que á edificar, tres fueron erigidas en territorio vasco: á la falda de Gorbea, Leovigildo fundó á Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso á los ribereños del Arga el castigo de construir á Ologitum (Olite); en su tiempo también se alzó Fuenterrabía, en la desembocadura del Bidasoa; y para completar el formidable cuadrilátero, Wamba, por último, fortificó á Pamplona, plaza entonces inexpugnable y punto el más avanzado de sus conquistas. No dicen, pues, escasa importancia los visigodos á la tierra pirenaica.

El interés de la resistencia era común, la guerra debió de ser general, y por todos los vascos más ó ménos directamente sustentada; y si á los navarros tocó pelear en la vanguardia, ha de atribuirse á condiciones topográficas ó de otro orden, en cuyo examen no podemos entrar á la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno [de los más hondos misterios de nuestra historia: duelo parece de pueblo á pueblo; combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *escualerri*, tierra vascongada. Guerra á muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos, como pudiera haber durado ménos de tres semanas si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias, si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando á tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él. Y porque no falten ni la leyenda, ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí están por un lado los godos con maravillas del orden sobrenatural que espantan, y por otro los vascongados, la raza superviviente, sin rastro ni memoria de ningún héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres heroicas por espacio de más de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al trasportarnos en alas de la fantasía á tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor pátrio, como al subir á las montañas se perciben áuras purísimas, siempre renovadas, aromas ácras y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva á Dios.

¡Gloria á Dios, y lancémonos á las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, á sorprender á dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene á ser principio lo que parece fin: que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

## DEL EMPLEO DEL TIEMPO.

Por más que se nos diga y repita que el tiempo es la sávia de la vida, no acertamos á comprender que cuando perdemos una hora del día malgastamos una hora de nuestra existencia, de la cual deberíamos ser verdaderamente avaros. Por desgracia hay una ilusión perpétua en la vida; lo que tenemos constantemente ante los ojos, no es lo presente, sino lo porvenir.

Decimos con frecuencia: «Los asuntos graves

(1) Autorizados expresamente por su ilustre autor, honramos las columnas de LA ILUSTRACION CATOLICA con el prólogo de *Amaya*, como el mejor medio de dar idea de esta novela, que acaba de salir á luz para honra de las letras patrias.

(1) *Los Vascongados*, por Rodríguez Ferrer.—Introducción, por el Sr. Cánovas del Castillo, 1873.



para mañana; lo que no hacemos hoy lo haremos mañana.» ¿Pero vendrá este mañana? Mañana es el gran enemigo de hoy, el que paraliza nuestras fuerzas y nos reduce á la impotencia favoreciendo nuestra inercia.

La primera de todas las condiciones para emplear bien el tiempo, es madrugar. Hay un antiguo refran árabe que dice: «El levantarse temprano dá salud, dinero y saber;» las tres cosas que más se estiman en el mundo.

¿Por qué el madrugar dá salud? Esto toca á los médicos explicarlo. No obstante, todo el mundo sabe que el fresco de la mañana infunde energía y actividad que nunca se experimentan por la tarde. Por la mañana es cuando cantan los pájaros, y cuan-



PORTADA DE LA IGLESIA DEL DERRUIDO MONASTERIO DE DOMINICOS DE TORO,

trasladada recientemente á la fachada de la parroquia de San Julian.

do la naturaleza se despierta; es preciso trabajar, pues, como la naturaleza, que nos dá el ejemplo; esta es la regla más segura.

¿Por qué dá dinero el madrugar? A este propósi-

to he hecho un gran descubrimiento, que voy á comunicaros. ¿En qué consiste la riqueza? En el trabajo acumulado. Para trabajar se necesita tiempo, y para disponer de tiempo es preciso madrugar. ¿Cuán-

to tiempo suele ser un día de trabajo? Ordinariamente se calcula en diez horas, desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche, dejando dos horas para comer y descansar. Pues bien, el que se levanta



á las siete tiene al fin del mes treinta horas más, y al fin del año trescientas sesenta y cinco horas más; contando, por consiguiente, con más de un mes de trabajo útil. Para el hombre que se levanta á las siete tiene el año trece meses, puesto caso que para el que se levanta á las ocho tenga doce; pero para el que se levanta á las seis tiene catorce, y quince para el que se levanta á las cinco. En otros términos: vivís tanto más tiempo cuanto más madrugáis. El dinero busca á la gente que madruga; la ocasion pasa veloz, es preciso cogerla de los cabellos, pero el que está en la cama no coge nada.

El segundo medio consiste en no dejar nunca para el cuarto de hora inmediato lo que debe hacerse en el momento.

El duque de Wellington, general en jefe del ejército inglés, tan famoso en nuestra guerra de la Independencia, era también célebre por su actividad, y la llevaba á tal extremo, que recibiendo todas las mañanas millares de cartas, contestaba á cuantos le escribían sobre su misma carta, dejando á los secretarios el cuidado de dirigir las respuestas; de tal manera, que

aquel hombre, que tenía sobre sí la administración del ejército inglés, llevaba su correspondencia al día.

El gran secreto para todo el que conoce el valor del tiempo, consiste en no aplazar nada. Cuando uno deja algo para el día siguiente, no piensa en que cada día y cada hora traen una nueva exigencia.

Para que todos nuestros negocios marchen á las mil maravillas, no se necesitan esfuerzos extraordinarios, sino un trabajo constante, asiduo y ordenado. El orden conduce á la prosperidad, y la primera condicion del orden consiste en no tener nunca nada atrasado. El orden es la economía del tiempo; la casa en que no existe orden, está destinada á la ruina. Así como en una casa bien dirigida la buena ama de gobierno nunca desatiende nada, así también en vuestros trabajos nunca debéis dejar nada atrasado.

Consiste el tercer medio en no hacer nunca más de una cosa á la vez. Hay muchas personas que se ocupan en una multitud de cosas á un mismo tiempo, forjándose ellas mismas embarazos de los que no pueden salir. El hombre verdaderamente discreto,

puede concentrar su atención en una sola cosa y olvidar todas las demás. La concentracion constituye la gran fuerza del entendimiento humano. Todos los famosos generales, los ilustres sábios y grandes estadistas que ha tenido el mundo, fueron hombres que no supieron hacer más que una cosa á la vez.

Otro consejo es el de tener, en lo posible, buen humor. El mal humor hace perder el tiempo. Uno no cambia las cosas; ellas no se impacientan por nuestra causa. Cuando uno se encuentra en presencia de una tarea desagradable, es preciso acometerla resueltamente y de buen humor. Con el buen humor se llevan á buen término las cosas más difíciles y no se envenena la vida, que tiene sobre sí bastantes dolores inevitables para que uno los añada imaginarios. Los caracteres tristes son las más de las veces envidiosos é impotentes. Los hombres de acción, los verdaderos dueños de la hora presente, no tienen tiempo que perder, toman resueltamente su partido y no se entretienen en lloriquear.

En resumen, levantarse temprano, no dejar nunca para mañana lo que puede hacerse hoy, no hacer



LOS COCINEROS DEL REY DE LOS ZULÚS.

más que una sola cosa á la vez, y estar de buen humor; tales son las principales reglas que deben observarse. No hay para qué añadir que lo que se haga sea siempre útil y bueno.

E. L.

## LOS GRABADOS.

*La cabecera nueva, pág. 1.*

Desde el día en que nos encargamos de dirigir LA ILUSTRACION CATOLICA, formamos el propósito de cambiar la cabecera que á la sazón se usaba, por otra más original y más artística, cuya forma gene-

ral representase el carácter propio del arte cristiano, simbolizado en el género que llamamos gótico.

La antigua cabecera, si bien obedecía á un pensamiento noble y piadoso, dejaba bastante que desear en cuanto á la ejecución artística, desluciendo muchas veces los otros grabados, y aún desmintiendo las teorías estéticas formuladas en la parte doctrinal de la Revista.

Al pensar en la nueva, quisimos desde luego salir del camino trillado de las *mesas revueltas*, donde se agolpan en monton edificios, libros, artefactos, figuras y otros instrumentos científicos é industriales, como si en tales alegorías estuviese formulado de un modo dogmático el pensamiento de las *Ilustraciones*. Para buscar la nueva fórmula acudimos al arsenal riquísimo de los monumentos ojivales ó

góticos, y allí no tardamos en dar con ella, si no en la forma en que la presentamos, en sus principales elementos, que hemos combinado á nuestro gusto.

El estilo es gótico del siglo xv, y participa del carácter general de los monumentos ojivales en esa época, ricos y elegantes, sin perder nunca la nobleza y severidad de su destino religioso. En los medallones laterales hemos puesto los tipos fundamentales de Jesucristo y de la Santísima Virgen, tal y como los ha conservado la tradición artística de los siglos medios, y como los han representado los grandes artistas cristianos, antes de que el Renacimiento enturbiase las fuentes de la inspiración católica.

La cual si bien admite todas las formas artísticas, como lo demuestran sus templos y retablos, halló en el estilo denominado *gótico* la expresión



adecuada de sus sentimientos sublimes, que tienden hacia lo alto, como la llama de la caridad que los mantiene y anima.

LA ILUSTRACION CATOLICA, que ha de consagrar al arte cristiano buena parte de sus tareas, debía ornar su blason con las preseas y atributos del estilo gótico, simbolizando en él su inquebrantable amor á las tradiciones religiosas y nacionales, su adhesión á lo pasado, su entusiasmo ardiente por los monumentos y ruinas en que están vinculadas las glorias de nuestros mayores.

Ahí está, ejecutado á maravilla por los Sres. Baidillo y Manchon, que han interpretado fielmente nuestro pensamiento, añadiendo nuevos quilates á su reputación artística con esta obra digna de toda alabanza. Nuestros suscritores se gozarán seguramente con el cambio, que imprime un carácter peculiar, eminentemente religioso y artístico, á LA ILUSTRACION CATOLICA.

\*\*

César Cantú, pág. 1.

(Véase el artículo del Sr. Medina.)

\*\*

Portada de la iglesia del derruido monasterio de Dominicos de Toro, trasladada recientemente á la fachada de la parroquia de San Julian, pág. 4.

En el inventario de nuestras ruinas que hemos comenzado á formar, para guardar siquiera el recuerdo de nuestro patrimonio perdido, debía dedicarse una página al insigne monasterio que bajo la advocación de San Ildefonso levantó en la ciudad de Toro Doña María de Molina para los ilustres hijos de Santo Domingo de Guzman.

Corría el año de 1285, cuando esta esclarecida reina, que acababa de ocupar el trono de Castilla con su esposo Don Sancho IV el Bravo, inspirada por su mucha piedad, mandó edificar junto á una ermita de Santa María la Blanca (que existía en la ciudad de Toro, un monasterio que á la vez que para morada de monjes, sirviese para palacio suyo, como los reyes en aquellos tiempos acostumbraban.

El edificio se construyó en poco tiempo, y aunque la parte destinada á palacio era modesta, la iglesia del convento ostentaba la régia magnificencia á que debía su origen. La ilustre reina pasó en este edificio muchos años de su vida azarosa y heroica; y en prueba del amor que le profesaba, puede citarse el hecho de haber dado sepultura en la capilla mayor de la iglesia al cadáver de su hijo Don Enrique, muerto en 1299 á los once años de edad.

Cuando Doña María de Molina pasó á mejor vida, el monasterio conservó la protección de su memoria, por lo que otras reinas de Castilla se gozaron en vivir allí, respirando la atmósfera que había enjugado tantas lágrimas de la viuda de Don Sancho IV. Recuérdanse entre otras á Doña María de Portugal, viuda de Alfonso XI, empeñada en esta casa en la educación de su hijo Don Pedro, y á Doña Catalina de Lancaster, que dió allí á luz al rey Don Juan II.

Una piadosa tradición había venido á realzar los méritos de esta casa. Parece que en los turbulentos días de Don Enrique IV, orando este príncipe ante una imagen de la Virgen en la iglesia del monasterio, oyó salir de los labios de Nuestra Señora las palabras *pa7, pa7, pa7*; por lo que el rey mandó que se celebrase una Misa todos los sábados, y que la Virgen llevase la advocación de *Nuestra Señora de las Paces*. Se atribuye este milagro al año 1472.

El monasterio, como casi todos los de su clase, recibió con el tiempo varias reformas, siendo la más notable la debida á Don Fray García de Castromuño, obispo de Coria y confesor de la reina Doña Catalina, terminada por el famosísimo arzobispo Deza, gran protector de esta casa.

La iglesia era magnífica; podía competir con muchas catedrales, y la portada que representa nuestro grabado, obra del siglo xv.

Seis habían pasado por delante de aquellos muros imprimiendo el sello de su grandeza en el régio monumento, cuando acertó á llegar el xix vestido con las preseas de la revolución francesa. Los soldados de Napoleon, invasores de España, ocuparon por los años de 1809 al 10 el monasterio, y lo convirtieron en cuartel, profanando la casa de Dios y la morada de nuestra ilustre reina Doña María de Molina. El fuego y la piqueta, mensajeros de las nue-

vas ideas, se cebaron pronto en el edificio, que quedó asolado después de la guerra de la Independencia.

Hacia el año de 1809 fué reedificado en parte; pero al verificarse la exlaustración de 1836 volvió á caer á tierra para no volverse á levantar.

Quedó como recuerdo de tanta grandeza, la portada gótica que representa nuestro grabado, y hubiera perecido por fin sin la piadosa iniciativa del celoso párroco de San Julian, Dr. D. Angel Gonzalez, el cual, viendo el mal estado de la fachada de su iglesia, pensó en restaurarla trasladando á ella la portada de Santo Domingo, amenazada de completa ruina.

Un mes hace que el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Zamora dió su bendición al templo restaurado, donde ha quedado incrustada, como perla riquísima, la venerable portada gótica del demolido convento de Doña María de Molina (1).

\*\*

Los cocineros del rey de los zulús, pág. 5.

La trágica muerte del príncipe Napoleon ha hecho que la atención general de Europa se fije en los oscuros salvajes autores de la catástrofe. Como los incidentes de la guerra que sostienen con los ingleses ofrecen escenas poco notables fuera de la referida, que todavía no ha sido reproducida por el grabado, hemos tomado de dibujos recién llegados de allá un cuadro muy característico, que puede dar idea de las costumbres de los hotentotes.

Representa, según dice el epígrafe, á los cocineros del rey Cetewayo en el momento de estar preparando la comida para su señor. Y á este propósito merece consignarse un hecho singular, y es, que conforme al ceremonial de la corte, el cocinero nunca puede decir al rey que la comida está guisada y á punto de servirse, sino que ha de decir: «Señor, ya estoy harto de guisar.» El cansancio del cocinero es la mejor prueba de que la comida está dispuesta para la mesa.

Antes de terminar estas líneas añadiremos dos palabras sobre el país de los zulús.

Pertenece á la colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza, la cual está limitada al N. por el río de las Tormentas, al N. E. por la ribera de los Pescadores, y por las restantes direcciones la envuelve el mar. Esta colonia fué fundada en 1650 por los holandeses, y la poseen los ingleses desde 1795. A pesar de los esfuerzos que han hecho para poblarla, no pasa de 290,000 habitantes.

La tierra es fértil, abundante en rebaños de ovejas y en minas de hulla y cobre. La dominación inglesa, inspirándose en sentimientos poco generosos, ha producido gran malestar y miseria en el país, y de ahí la guerra actual, más grave de lo que parece.

X.

## CRISTINA.

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

—Que vayan Adela y Fernando, acertó á decir Cristina...

No tardó mucho en oírse el ruido de los remos cayendo sobre el agua, y á cuyo impulso se movía una pequeña barquilla dirigida por Fernando, que remaba admirablemente, y en donde iba Adela sentada en la popa.

Cristina y D. Antonio miraban cómo caminaba lentamente el bote, como si fuera sobre un lago; tan apacible y serena estaba aquella ría.

—¿Sabe usted, querido tutor, que me está dando envidia el ver á Fernando y Adela?... Debe ser muy hermoso el navegar por esas aguas tan tranquilas...

—Si quieres, Cristina, los llamaremos para que vengan á buscarte; pues D. Antonio, que la adoraba, no sabía negarse á ninguno de los deseos de su pupila.

—No, déjelos usted, se apresuró á decir Cristina...

(1) Debemos la mayor parte de estas noticias al distinguido abogado de Toro D. Pedro Alonso Reinoso, á quien enviamos la expresión de nuestra gratitud por su bondad en complacernos.

Volverán pronto, y entonces podré yo también hacer una pequeña excursión...

El bote, entre tanto, se había perdido de vista detrás de una vuelta que hacía la ría. Adela, sentada en la popa, como ya lo hemos visto, mirando á una y á otra orilla, sorprendida de tan amena variedad y con el semblante ligeramente sonrosado por el contento. Fernando tenía sus ojos fijos en ella, con una complacencia extraña; sentíase atraído y dominado por aquella jóven; sin saber lo que hacía, fué soltando poco á poco los remos, y el bote, con esto, caminaba despacio, casi sin moverse. De este modo, ella admiraba con despacio las bellezas que á cada momento se renovaban, y él, sin poder separar sus ojos de aquel rostro, que cada vez le parecía más hermoso...

Una vez sus miradas se encontraron, y latieron sus corazones movidos por una misma idea, que rápida cruzó por su mente... El, llevado por la fuerza de esta idea, se atrevió por fin á decirle con palabras poco seguras:

—Está usted hermosísima, Adela; permítame usted que se lo diga...

—¡Dios mío, qué es lo que dice usted, Fernando!... le contestó sorprendida.

—No soy capaz de darme cuenta de lo que me pasa, Adela; siento, sí, un placer dulcísimo, desconocido, y estoy dominado por el encanto de que os veo rodeada en este momento... Adela trató de desviarle del peligroso camino que pretendía seguir, pero Fernando no la dejó; porque con mayor viveza y exaltación, continuó:

—Tan bello como usted, Adela, era el ángel que se me apareció en estas riberas, cuando yo las recorría embebido en mis sueños de amor; así eran sus rubios cabellos, así su talle flexible y aéreo, y así también la aureola embriagadora que le rodeaba... ¡Oh! dejadme, Adela, que os contemple, que os mire como se mira á la esperanza.

Ella contestó:

—El placer que siento es también inexplicable, amigo mío; os veo como la realización de un dulce sueño, que yo creí delirio de mi imaginación... Estais para mí, en este instante, revestido de no sé qué atmósfera penosa y embriagadora, así como satánica, donde vaga mi espíritu, y se pierde en lo imaginario y desconocido... En aquel momento el bote había varado contra una pequeña isla toda cubierta de alisos y abedules, que estaba en medio de la ría; el sol poniente reflejaba sobre el azul del mar, que se descubría á lo lejos; y las montañas, en cuya margen venían á estrellarse sus olas, parecían cubiertas de una tinta azulada... A la vista de este tranquilo y hermoso cuadro, Adela parecía cada vez más fascinada y Fernando más vigoroso y lleno de amor. Así permanecieron un momento, hasta que Adela, obedeciendo á un pensamiento que debió cruzar rápido por su mente, dijo:—Soy una aturdida... Esto ya debía yo preverlo... ¡Qué locura, Dios mío!... ¡Qué locura!... ¡Soy una ingrata!... ¡Pobre Cristina!... ¡Si usted supiera, Fernando, todo lo que vale la jóven á quien en este momento olvidamos, y lo mucho que á usted le adora!... Salgamos... Salgamos de aquí... Ni un solo instante más...

—Me recordais, Adela, el amor de Cristina... ¿Pero cuándo he olvidado yo lo que era amor? Es verdad que miro á Cristina con secreta inquietud... Con un cariño apasionado... pero no es un amor como el que siento ahora... El amor es la comunicación de dos almas que se presienten y son atraídas una hacia la otra á pesar suyo: hoy fué la primera vez de mi vida que supe lo que era amor, encontrando en usted, Adela, el sér que responde á los deseos de mi corazón... ¡Ah, sí, nuestras almas han nacido para no separarse jamás!...

—¡Cuán equivocado está usted, Fernando! Nuestras almas, por lo mismo que se atraen, se rechazan... La violencia del amor que sentimos, nos haría romper bien pronto, y de una manera estrepitosa... Ni á mí, ni á usted, nos conviene sostenerlo por más tiempo... Reme usted, Fernando y volvamos pronto á la orilla.

\*\*

Cuando de vuelta de su excursión campestre de aquel día se halló sólo Fernando en su habitación, se sentó en un pequeño sofá que allí había; estaba pensativo y preocupado. La imagen de dos mujeres igualmente hermosas, cruzaba por su mente: Adela le seducía con la viveza y el imán de sus miradas;



Cristina conmovía su corazón con la sencillez y dulzura con que sus ojos iban á tropezar con los suyos. Una inspiráble inquietud, afanosa pasión; otra deramaba por todo su ser una calma, un bienestar indefinible. Cuando quería contemplar sólo la imagen de Adela, representábasele la de Cristina, que no podía apartar de su mente, y se le aparecía como un remordimiento. Era todo esto una verdadera fatiga para su espíritu, una pelea que tenía consigo mismo: los recuerdos de su primer amor, que aún vivía en su corazón, le inclinaban á rechazar á Adela, consagrándose sólo á la que tanto había prometido. Reprendíase á sí mismo su falta de sinceridad y nobleza, y se acusaba de falso y desleal para la que le había entregado su corazón con tan buena voluntad y confianza. Pero en medio de estas atinadas reflexiones, la tentadora imagen de Adela revoloteaba á su alrededor: la encontraba más bella, más encantadora que nunca. Una verdadera lucha sostuvo Fernando en aquella noche con sus encontrados sentimientos y deseos. Al fin y al cabo de toda esta pelea imaginativa venció Cristina, y con su recuerdo, le cogió el sueño.

## V.

DE CÓMO EL AMOR ES PODEROSO AUXILIAR PARA CON-  
VENCER Á LOS INCRÉDULOS.

Al siguiente día vióse Fernando tan fatigado y tan revuelta la cabeza, que hasta muy entrada la tarde no se decidió á ir á casa de Cristina. Cuando llegó á ella hacia poco había anochecido, encontrando á Cristina y Adela en uno de los balcones que daban al jardín.

—¿Dónde ha estado usted metido todo el día, Fernando, que no le hemos visto por aquí?

Comprometida era para Fernando la pregunta, y tanto, que le dejó parado por un momento, sin saber qué decir; al fin se resolvió á contar parte de lo que le había pasado, diciendo:

—Adela, he pasado mala noche; me he sentido mal y me he levantado tarde; mi cabeza pedía silencio y quietud, y por eso no he salido de casa: deseaba estar sólo algunas horas...

—Por lo que parece, es usted amante de la soledad... Habrá usted leído mucho el libro que con este título escribió Zimmerman... Por cierto que es muy pesado...

—No es de extrañar que tú lo halles pesado... No sirve para tu carácter la obra del sabio médico alemán, dijo Cristina.

—Permítame usted, Adela, que por esta vez sea de opinión contraria á la de usted, y le diga que yo he encontrado siempre excelente el libro del desventurado Zimmerman.

—Sentiría que le diese á usted por meterse cartujo: ¿hay nada más triste que el estar sólo? Vamos, vamos, convénzase usted que es muy ridículo eso de vivir uno pensando en tonterías y formando castillos en el aire, perdiendo hasta la manera de hablar. —De todos modos, ha dado usted con el flaco de mi querida Cristina, que es amante, como pocas, de la soledad.

—Ya se ve, Adela; tú que no comprendes sus encantos, se explica puedas hablar así... ¿No es verdad, Fernando, que si la conociese la amaría?...

—Y tanto como la amaría... se apresuró Fernando á contestar. En este momento, Adela, podéis conocer algo de lo que es la soledad, siguió diciendo. Hémos aquí reunidos, en este tranquilo lugar, gozando del silencio propio de la noche que se acerca... Ved cómo todo parece buscar ese mismo silencio, que es una de las primeras condiciones de la soledad. —Los pájaros no cantan, los insectos han dejado ya sus paseos de flor en flor en este hermoso jardín que está delante de nuestros ojos; los árboles del bosque cercano no mueven ya sus ramas, ni aún sus hojas. No se siente tampoco cruzar los carros por los caminos; cualquiera diría, si llegase en este momento, que en esta aldea no hay nadie vivo; y es que la naturaleza duerme ó descansa de su fatigoso trabajo del día. Todo esto parece que reúne nuestra existencia en un sólo punto, y nos lleva á pensar sobre nosotros mismos: desengáñese usted, Adela, esta es la hora en que el espíritu vé, adivina y crea.

—Ya me esperaba yo ese idilio, con pretensiones de rancia filosofía, sobre la soledad, que tiene algo de poético, pero que no me seduce.

—Eso es porque Fernando se olvidó lo mejor, la principal figura del cuadro.

—¿Cuál es lo mejor? Veamos, Cristina...

—Es, Adela, que en la soledad, y á esta hora, el alma se eleva al cielo y se siente inclinada á meditar sobre sus futuros destinos, y el poder inmenso de Dios...

Estas palabras sorprendieron grandemente á Fernando, pues que extraviado su entendimiento por las lecciones de los malos libros, era partidario de un panteísmo materialista, y afecto, más bien por moda, á una filosofía que todo lo sujeta al análisis de la razón, no admitiendo nada que ésta no confirmase primero; de modo que sus teorías sobre Dios y sobre el cielo, eran muy negativas. De aquí el que se hallase en un apuro para ayudar á Cristina y seguir defendiendo su tesis, que había entrado en un terreno para él comprometido, porque le parecía una injuria, una ofensa y hasta una pedertería declarar cómo pensaba en las cosas de Dios, que había evocado. Consideraba á Cristina tan santa y tan pura, que no se atrevía ni aún á decir nada que pudiese engendrar sospecha sobre su modo de pensar: temiendo esto, guardó silencio. —Adela vino, en parte, á sacarle por el pronto de su apuro, diciendo:

—En esto creo yo que exageras, como en todo lo demás; esa soledad de que tanto eres apasionada, no te ha dejado ver la realidad de lo que pasa en el mundo. Tú no has sufrido las consecuencias de la desgracia; has vivido siempre sin conocer falta alguna; entonces hubieras visto lo que es el cielo, y cuán nublado y oscuro se presenta; hubieras conocido lo que valen, para sacarte de un atolladero, todas las enseñanzas y lecciones que hemos recibido de aquellas buenas religiosas, en donde pasamos juntas los primeros días de nuestra infancia: buen acierto he tenido yo en no hacerles mucho caso.

—Es verdad, y por eso te llamábamos todas la judía; recuerdo bien que tú eras la última que llegaba al coro en las horas que allí teníamos de oración, que por más señas rezabas siempre entre dientes.

—Sí, que era una caridad *sui generis* que tenáis vosotras las que pasábais por beatas, poniéndome ese nombre, y para que á todas horas me estuviérais repitiendo: «Allí está la judía... aquí viene la judía...» ¿No te parece que esto era muy piadoso, muy edificante?

—Es claro, como todos cuantos piensan como tú, queréis aparecer incrédulos, despreocupados; pero poneis el grito en el cielo cuando os llaman por vuestro nombre; esto sí que es una pretensión extraña. ¿A qué, pues, incomodarse si al fin esos nombres con que os designan nada significan para vosotros? Es muy desconsolador, Adela, oír discurrir así á una mujer...

—¿Pues qué, nos está vedado (respondió aquella) el discurrir, el formar juicios sobre lo que vemos y oímos?...

—Lo que nos está vedado es alardear de incredulidad; porque en la mujer lo que más se admira, lo que forma su mayor encanto, es la pureza de sus creencias; es el sentimiento de amor á todo lo bueno, á todo lo grande que vive en el corazón; es, en fin, hermosa Adela, la fé que llevamos al hogar doméstico para arrostrar con ánimo sereno los contratiempos y pesares de la vida, animando con ella á nuestros maridos y educando así á nuestros hijos.

—Fé tenía, querida Cristina, que formaba el encanto de mi vida; pero crueles desengaños me han hecho, no diré perderla del todo, pero sí vacilar mucho en ella.

—Comprendo tu situación; en pocos años has tenido grandes pesares; el mal te ha escogido por su víctima; pero al fin vino un día en que fueron compensadas todas tus desdichas, y hoy te encuentras dueña de una gran fortuna que no sabes cómo emplear. La Providencia no te abandonó y no tienes motivo para querer aparecer así tan incrédula; porque tú tienes un gran corazón; tú sientes también, por más que quieras disimularlo, las desgracias ajenas; tú eres caritativa hasta la exageración; en tus ojos he visto derramar lágrimas, elevarlos después al cielo. ¿Qué buscabas allí?...

—¿Qué sé yo lo que buscaba?...

—Yo sabré lo que tú querías encontrar... Tus labios mentalmente pronunciaban un nombre, y este era el de Dios; la aspiración de todo cuanto viene á este mundo.

—Mi cruel excepticismo no llega á tanto, Cristina; no voyas á creerme (y en presencia de este joven, que formará una idea poco favorable de mí) como un monstruo de cien cabezas, que sólo este nombre merece el que no cree en Dios, no; ¿pues no he de creer en Dios? En quien yo no creo es en los hombres, ni en la mayor parte de esas prácticas religiosas con las que muchas veces cubren la ruindad de su alma y cometen mil infamias como las que cometieron conmigo.

—Eso es juzgando siempre con el criterio de la personalidad y según las propias conveniencias; el argumento de todos los incrédulos... Mira, Adela, desde aquí distinguimos, á la claridad de la luna, la iglesia de la aldea con su cementerio que le cerca, y se me ocurre una reflexión que puede servir de respuesta, ó cosa así, á lo que acabas de decir. ¿Cuántos infelices no descansan sepultados en aquel sagrado recinto que han pasado la vida llenos de privaciones y de trabajos, víctimas también algunos de la injusticia de los hombres, sin ver más que el pueblo en que han nacido, sin los gozes y los placeres que nosotros disfrutamos en el mundo! Pues bien; dime ahora, Adela: si todos esos durante su vida razonaran bajo el criterio que tú sigues, ¿cómo pensarían? Pero no ha sido así, y ellos llegaron á la muerte firmes en su fé, y pasaron á la otra vida ricos de esperanzas... Estamos, sin embargo, cansando á Fernando con estas discusiones impropias de nuestro sexo; pasemos á otra cosa...

—Al contrario, Cristina, estoy oyendo con profunda atención y admirando un mérito más que os distingue y que hoy me habeis dado á conocer, y es la claridad de vuestro talento y la firmeza de vuestras creencias...

—Aún teneis que admirar mucho más en mi buena amiga y querida Cristina, dijo Adela mirándose con fijeza y abrazando á su amiga con efusión. Ella (continuó diciendo), hace buenos á todos cuantos la rodean; yo, por ejemplo, que he sido tan mala, me tiene convertida; pero es preciso confesarlo, más que por sus razones, por sus obras, sin que por ello te ofendas: ¿no es verdad, Cristina?...

—Es mucha cabeza la tuya... No acabarás nunca de perder esa ligereza de hablar y decir cosas que son graves, y te pones en mal predicando...

—Cierto, querida mía; pero ahora os dejo por un momento. Me voy á ver por dónde anda mi amigo Antonio... Quiero continuar con mis lecciones de botánica... Vuelvo en seguida... Y echó á correr riéndose como de costumbre, y sin oír las palabras con que la llamaba su amiga.

Con esto quedaron solos Cristina y Fernando, que era justamente lo que este último deseaba. Apoyada sobre el balcón, con la mirada fija en el cielo, y la dulce sonrisa en los labios, y la tranquilidad que respiraba su alabastro semblante, parecía Cristina un ángel que había descendido del cielo. A pesar de lo mucho que deseaba hablarla Fernando, no se atrevía á desvanecer ó interrumpir tan dulce sueño como en el que parecía estar sumida, ni la gratísima impresión de que gozaba en aquel momento. Permaneció, pues, en silencio por largo espacio de tiempo, hasta que los ojos de Cristina vinieron á fijarse en él; entonces creyó era la ocasión de dirigirle la palabra.

—¿En qué estais pensando, amiga mía?...

—Pienso, Fernando, volviendo al tema de la soledad, que no comprendo aquellos corazones que se quieren y no aman la soledad, cuando justamente en la soledad es en donde el amor es más vivo y más se engrandece el objeto amado ¿No lo creéis así?

—Y tanto, Cristina, (le contestó), que no considero verdadero amor aquel que no busca en algunas ocasiones los parajes solitarios, para á lo ménos pensar en su amado.

—Ved sinó cuánto se goza aquí, Fernando; hace muy poco, ántes de tu llegada, me encontraba enteramente sola. Sentía en mi espíritu un placer sin igual; mis ojos, fijándose en ese horizonte, alumbrado entonces por los rayos del sol poniente, parecía que atravesando ese cielo azul, dejaban ver la suprema belleza allá escondida en lo último, presidiendo á todos los actos de nuestra vida, regulando y ordenando ese mundo, de aquí abajo, que le ofende y le blasfema con sus locuras... Te sorprende este lenguaje, lo sé, Fernando; pero yo te hablo con la ingenuidad propia de mi corazón; te digo la verdad de lo que siento y pienso...



—Yo, que correspondo á tu amor con toda mi alma, no puedo tampoco excusarme ya más de descubrirte mi idea y manera de pensar, aunque esto te dé pesadumbre: perdóname, Cristina, si te digo que nada creo de lo que tú crees; que quisiera, sí, creer como tú, pero que mi razón se opone á ello...

—Algo sospechaba de tu incredulidad, cuando guardaste silencio á las primeras palabras que yo pronuncié á propósito de la soledad. Yo no puedo convencerte; mis fuerzas no alcanzan á tanto, ni mi condición de mujer es á propósito para entrar en una discusión de este género; pero te diré, Fernando una sola cosa... ¿Crees tú en mi cariño?...

—¡Pues no he de creer, Cristina!...

—¿Y por qué lo crees?... Porque mis palabras te lo dijeron repetidas veces, ¿no es verdad?...

—Ciertamente...

—Pues bien, si tú por sólo unas cuantas palabras que pueden muy bien encerrar, lo mismo una gran verdad que una mentira, esperas y crees en mi amor, ¿no puedes también creer en esas otras señales elocuentes que la naturaleza nos está mostrando en todas partes, en el cielo y en la tierra, y en todo cuanto nos rodea, de que otro que no es ella le ha dado existencia; que por Él vive y se mueve, y cuya palabra es el sosten del mundo; que está en todas partes, sin formar parte con nadie; que nos ama con un amor sólo propio, exclusivo é inmenso como Él? Que cubierto con nuestra propia carne vivió entre nosotros, nos señaló el camino de la verdad y de la vida, muriendo al fin víctima inmaculada de ese mismo amor, dejándonos por herencia admirables preceptos, de que hizo depositaria á su Iglesia, su prenda más amada... Sí; eso dicen, Fernando, el pájaro que canta, la flor que nos alegra con sus hermosos colores, el arroyuelo que murmura; eso revela el mar embravecido, la tempestad que hace estremecer la tierra; eso proclaman también los hombres que, animados de un espíritu misterioso, desprecian el oro y las comodidades de la vida, para ir á sumergirse en medio del más escabroso desierto ó á pelear sin más armas que la cruz y la palabra, entre seres sin cultura en extrañas tierras... Calló un momento como para descansar, pues aquel entusiasmo con que había defendido sus creencias la había fatigado.—Fernando la estuvo oyendo lleno de admiración y sorpresa; porque no podía creer que una joven tan delicada encerrase un espíritu tan varonil. Su rostro, encendido con la exaltación con que acababa de expresarse, parecía más hermoso: tenía la belleza de los bienaventurados en quie-

nes pensaba.—¡Ah! Fernando, continuó; quisiera tener la elocuencia, la inspiración de los Profetas para hacerte ver que el camino que sigues en tu incredulidad, es el camino de las tinieblas, de la eterna incertidumbre, de la muerte del espíritu; pero no puedo más, ¡Dios lo sabe!...

—Mi silencio, Cristina, se apresuró á decirle Fernando, algo debe decir á tu corazón, de lo que pasa en mi alma; estoy sorprendido de tus palabras, que yo nunca imaginé que pudieras pronunciar con tanta elocuencia... ¿Quién te enseñó, Cristina, á hablar así?...

—La religión que tú desdénas, el Dios en quien tú aparentas no creer...

—¡Ah! sí, Cristina, grande y excelente es la religión que hace decir tales cosas á ángeles como tú... Yo no sé qué sello divino tienen hoy tus palabras, qué encanto misterioso encierran, que me hacen recordar las que mi madre repetía todos los días al mecarme en la cuna. Tú has despertado hoy en mi corazón dulces ensueños que yo había olvidado, que bullen en mi mente y vagan por mi espíritu dominándole y subyugándolo. Déjame que en esta hora solemne, y delante de ese Dios que yo creí muy de distinta manera de lo que es, llevado de la corriente de mi siglo, de esa atmósfera mal sana que rodeó los primeros años de mi vida, me postre á tus pies y te diga: te amo y te respeto, Cristina; tú eres el ángel bueno, la luz que alumbra la oscuridad en que vivía mi alma... Al concluir de decir esto Fernando, apareció Adela seguida de D. Antonio, que venían en su busca para invitarle al tresillo que tenían ya preparado; y todos en buena paz se dirigieron al gabinete destinado para este objeto. Era aquel un tresillo famoso: el pensamiento de Fernando, fijo en otra idea, en el amor de Cristina y en las palabras que acababa de oír de su boca, le obligaba á cometer frecuentes distracciones, que hacían desesperar á Adela, que era su compañera, y que lo mismo que D. Antonio, tomaba aquella distracción por lo serio. Habiendo faltado aquel día el médico de la aldea y el padre de Fernando, que eran los pies más constantes, tuvieron que reemplazarlos para que no se aburriese el buen D. Antonio: en fin, Fernando *hacia cada una* que obligaba al buen viejo á salir de sus casillas, increpándole duramente por sus continuos descuidos. Ya se vé, las miradas de Fernando se dirigían, más que á las cartas, á Cristina, y su mente, remontándose sobre las jugadas, andaba á vueltas con la gravedad de las palabras que había oído de su boca, que tanto

conturbaban su espíritu. Por último, llegada la hora de costumbre, se levantó el tapete y le fué forzoso abandonar aquella casa donde vivía la imagen más querida de sus sueños.

Consideramos necesario que el autor entre aquí en escena y tome la palabra, aunque sean pocas las que tenga que decir. Parecerá á algunos inverosímil el carácter de Adela, y á otros algo reñido con la pureza de la moral (en lo que justamente ponemos más esmero en todo cuanto escribimos); á unos y á otros que nos pongan en buen lugar: el retrato lo hemos tomado del natural, rebajando todo lo posible la claridad de las tintas; declarando también aquí, en honor del bello sexo, que el tipo no es común, pero suele encontrarse á veces, por desgracia nuestra, en la sociedad moderna.

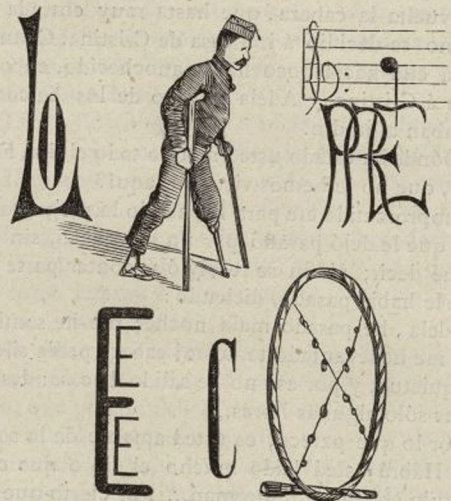
RAMON SEGADE.

(Se continuará.)

Solución del jeroglífico del número anterior:

Quien al cielo escupe, en la cara le cae.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

## SECCION DE ANUNCIOS.

# LA ILUSTRACION CATOLICA.

FUNDADOR:

DON JOSÉ AMALIO MUÑOZ.

DIRECTOR:

DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Sale á luz los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ya copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos, ya vistas de los monumentos inéditos del arte español y de los que ha demolido el vandalismo moderno.

A pesar de los enormes gastos de una publicación ilustrada, á fin de ponerla al alcance de todas las fortunas, los precios de suscripción son los siguientes:

	TRES MESES.	SEIS MESES.	UN AÑO.
Madrid y provincias. . . . .	16 reales.	30 reales.	60 reales.
Extranjero. . . . .	"	11 francos.	21 francos.
Cuba y Puerto-Rico. . . . .	"	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata. . . . .	"	3 1/2 "	6 "

Los Sres. Suscritores á los diarios católicos *El Siglo Futuro*, *El Fénix* y *La Fé*, disfrutarán de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de Jesus del Valle, 23 y 25, principal.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del R. Colegio de Santo Tomás en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Juan Bonmati, calle del Buen Orden, núm. 308, librería.

MONTEVIDEO.—D. Antonio Barreiro y Ramos, calle del 25 de Mayo, núm. 351, librería.

LIMA.—D. Teodoro Abadie, calle de Palacio, núm. 12, librería.

VALPARAISO y SANTIAGO DE CHILE.—D. L. Orestes Tornero, librerías del Mercurio.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Sr. Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de Jesus del Valle, 23 y 25, principal, Madrid.